

EL TEXTO ARGUMENTATIVO

AHORA TE TOCA A TI. TEXTOS PARA PRACTICAR

Ayuda para morir

Después de 14 intentos fallidos de regular la eutanasia en España, la proposición de ley presentada por el PSOE el pasado mes de junio contaba por fin con una mayoría suficiente para reformar el artículo del Código Penal que castiga la ayuda al suicidio y despenalizar el derecho, en determinadas circunstancias, a elegir el momento de la muerte y recibir asistencia médica para ello. Pero la legislatura se ha interrumpido sin que la ley pudiera llegar a ser discutida en ponencia por la obstrucción del PP y de Ciudadanos, gracias a su mayoría en la Mesa del Congreso. El 12 de enero se cumplieron 20 años desde que la muerte de Ramón Sampredo abrió en España el debate de la eutanasia. El tetrapléjico gallego fue la primera persona en acudir a un juzgado para pedir que le ayudaran a morir. No lo consiguió y tuvo que morir de forma clandestina con la ayuda de amigos que se arriesgaron a acabar en la cárcel.

Ramón Sampredo quiso que se grabara su muerte como testimonio de una necesidad social que los mejores cuidados paliativos no pueden resolver. Otra persona gravemente enferma ha tenido que valerse de este procedimiento para insistir en la misma demanda. María José Carrasco, de 62 años, enferma de esclerosis múltiple desde que tenía 32, murió la semana pasada tras recibir un cóctel letal de manos de su marido, Ángel Hernández, que la ayudó a tomarlo después de haberla cuidado durante años. Fue su último acto de amor. Es de una crueldad extrema que dos personas en esa situación tengan que recurrir a la exposición pública de un acto tan íntimo como es la muerte para apoyar una causa que consideran justa. Y todavía resultaría más penoso que Ángel Hernández tuviera que ir a la cárcel por ello.

En la misma tesitura se han encontrado durante todos estos años otros enfermos que, ante la perspectiva de tener que soportar una agonía insufrible, han decidido poner fin a sus vidas. Muchos de ellos, aquejados de enfermedades neurodegenerativas como la de María José Carrasco, se han suicidado antes de lo que hubieran deseado por temor a no poder hacerlo más adelante por sí mismos y encontrarse así atrapados en una vida que no desean o verse obligados a repercutir sobre otros las consecuencias de su decisión. La medicina dispone de recursos paliativos, pero siempre habrá una minoría de enfermos en la que los remedios disponibles no sean efectivos. Conforme se alarga la esperanza de vida y la medicina permite prolongar la vida, es presumible que esa situación sea cada vez más frecuente.

La sociedad española está madura para adecuar su legislación a esta nueva realidad social. Resulta sorprendente la resistencia política que encuentra una reforma legislativa que desde hace tiempo cuenta con un amplio apoyo ciudadano y que figura en los programas electorales de una mayoría parlamentaria. Más del 70% de los españoles han manifestado en sucesivas y diferentes encuestas que están a favor de regular la eutanasia en caso de enfermedad incurable que provoque grandes sufrimientos. Tal reforma no supone además ningún salto en el vacío. La eutanasia y el suicidio asistido se aplican sin problemas desde hace años en países como Bélgica, Holanda o Suiza. El temor a que su despenalización pudiera conducir a una situación de abuso es legítimo, pero la experiencia de otros países demuestra que existen mecanismos de control capaces de evitarlo. La mayoría social a favor de regular la eutanasia debe convertirse en ley.

El País, 8 de abril de 2019

1.- Desarrolle la siguiente cuestión y argúmentela: ¿Es moralmente aceptable la eutanasia? Escriba para ello un texto de entre 200 y 300 palabras en un registro formal

Adictos a las pantallas

Impulsadas por la revolución tecnológica, las sociedades modernas se están haciendo cada vez más dependientes de las pantallas digitales. Las actividades económicas, laborales, educativas y familiares no se conciben hoy en día sin los teléfonos móviles, las tabletas, las consolas de videojuegos o la televisión. Estos artilugios han entrado a formar parte de la rutina, especialmente para los niños, que desde prácticamente su nacimiento viven conectados a los dispositivos móviles. Pero estar sometidos a un excesivo tiempo de exposición ante los contenidos que albergan estas pantallas puede tener efectos perniciosos sobre su desarrollo cognitivo, como acaba de verificar un ambicioso trabajo realizado por investigadores canadienses. Lo que durante mucho tiempo ha sido objeto de mera sospecha parece ahora comprobado: existe una correlación directa entre el uso de los dispositivos móviles por parte de los menores y su maduración intelectual. Se podría decir que, paradójicamente, los teléfonos inteligentes no hacen más listos a los niños que los utilizan.

El problema no está en el uso sino en el abuso. Una desmesurada dedicación a las redes sociales o a los chats puede desembocar en una grave adicción. La tecnología es considerada ya como una sustancia nociva para la salud o el equilibrio psíquico, comparable a las drogas o el alcohol, capaz de provocar efectos perjudiciales tanto en el plano individual como social. Jóvenes y niños son colectivos especialmente vulnerables, y hacia ellos se deben dirigir las acciones preventivas. Un paso en esta dirección es la inclusión este año de la dependencia tecnológica en el Plan Nacional de Adicciones elaborado por el Ministerio de Sanidad. Otro modelo es el aplicado en Francia, donde se han prohibido los teléfonos móviles en los colegios.

Como población de riesgo, el foco debe estar puesto en los menores para que, como proponen los científicos canadienses, se reduzca a un máximo de dos horas diarias su exposición a las pantallas. Eso significa recortar a la mitad el tiempo que actualmente pasan delante del móvil, la tableta o la televisión en España, que se aproxima a las cuatro horas diarias. Cumplir este objetivo exige un cambio de hábitos tendente a fomentar otras actividades de ocio. Inculcar la práctica deportiva evitaría de paso el sedentarismo que propicia navegar por Internet o ver la televisión.

Tal y como apuntan los expertos, la tecnología es una industria basada en la extracción: nos separa de la familia, los amigos y nos quita horas de sueño. Y si bien aporta innumerables ventajas, también acarrea peligros que hay que combatir de manera coordinada desde la Administración, la escuela y la familia.

El País, 28 de septiembre de 2018

Defienda su opinión a partir de la siguiente pregunta: ¿Controlar las redes sociales de tu pareja es violencia de género? Escriba para ello un texto argumentativo de entre 200 y 300 palabras en un registro formal

De avanzada edad

Rosa Montero

Mi querido hermano, que es algo mayor que yo, me telefoneó el otro día: “Estoy contentísimo, he ido a renovar el documento de identidad y ya me lo han dado sin fecha de caducidad. Esto de envejecer sólo tiene ventajas”, ironizó con su habitual sentido del humor. Y es que al parecer tras cumplir 70 años te dan un DNI con validez permanente. Se ve que la Administración piensa que a partir de ahí te queda poco, o por lo menos que lo que te queda es una filfa, un tiempo de descuento y de mero almacenaje. Que ya no vas a hacer nada memorable, nada bueno y ni tan siquiera nada malo, de modo que el Estado no necesita tenerte actualizado en sus registros porque previsiblemente no vas a delinquir. De sólo pensar en todo esto me están entrando irrefrenables ganas de asaltar un banco en cuanto que me convierta en septuagenaria.

Como siempre me ha obsesionado el paso del tiempo (uno empieza a envejecer desde la cuna), hace mucho que soy consciente de esa cualidad de despeñadero que tiene la vejez en nuestra sociedad. Por ejemplo, en las encuestas, o en los prospectos de los medicamentos, los tramos de edad suelen detenerse abruptamente en torno a la sexta década. Las zonas inferiores están meticulosamente subdivididas (entre 14 y 29 años, entre 30 y 45, entre...), hasta llegar al ventoso repecho final: más de 65. Y a partir de ahí, la nada. Terra incógnita. El Marte irrespirable de la ancianidad. Por no hablar de la vertiginosa tendencia de las biografías a saltarse olímpicamente los últimos años de sus biografiados. Y así, hay libros de 600 páginas que narran la existencia de un personaje que vivió, pongamos, 80 años; y resulta que los últimos 20 apenas ocupan 10 páginas de todo el volumen, pese a ser un cuarto de la vida del individuo. Creo que, para compensar, debería escribirse un libro de biografías que sólo tratara de la vejez de los personajes famosos. Seguro que descubriríamos cosas de interés.

Quiero decir que envejecer es muy humillante. Y no hablo ya de las humillaciones del cuerpo (la vista empobrecida, las articulaciones que chirrían), sino de los innecesarios menosprecios sociales. Ahora estamos viviendo una de esas olas colectivas de desdén por los viejos. Francamente, la delectación con la que los medios y los especialistas repiten la consabida frase de que el coronavirus es letal fundamentalmente para “gente de avanzada edad” y “con patologías previas” es algo que desanima bastante. Y no por la noticia en sí, que es un rasgo epidemiológico importante y muy necesario de tener en cuenta, sino por el alivio con que se menciona; por cómo rebota la frase de boca en boca, de tertuliano en tertuliano, de charla de bar en charla de bar: venga, no hay que preocuparse tanto con este bicho, total solo mata a los viejos y a los enfermos. Alegría, alegría.

O lo que es lo mismo: algo habrán hecho los que se mueren, en algo serán responsables por su defunción. Y es que vivimos en una sociedad tan progresivamente ajena a la muerte, tan alejada de los ciclos biológicos, tan medicalizada y prepotente, que a veces la gente sufre el pasajero delirio de creerse eterna. La muerte es vista como una anomalía, como un fracaso, como algo irregular. Muere quien no es capaz de seguir vivo. En fin, el caso es que, como es natural, la gente “de avanzada edad” y la que tiene “patologías previas” no comparten el general alivio que los tópicos sobre el coronavirus proporcionan. Saber que si tienes, por ejemplo, más de 70 años o si padeces un asma grave o bronquitis crónica estarás más en riesgo cuando enfermes, ya es en sí un fastidio. No lo empeoremos, por favor, con ese desfachatado ninguneo social; con esa especie de alegría bárbara “porque a mí no me toca”, la misma alegría que mostraba el personaje de Tolstói por no ser el cadáver en esa joya que es *La muerte de Iván Ilich*. Y diré algo más: esa edad invisible, esa tierra de nadie de la vejez es cada día más amplia, más dilatada. En España hay ahora mismo más de 16.000 centenarios. El abismo sin nombre tras el epígrafe “Mas de 60 años” empieza a abarcar ya un tercio de nuestra existencia. La avanzada edad es plena vida.

Escriba un texto argumentativo de entre 200-300 palabras en un registro formal, a partir de la siguiente cita de Rubén Darío: Para qué querré yo la vida cuando no tenga juventud

Atapuerca

Pilar Galán

Lo primero que te cuentan en Atapuerca es que sobrevivimos en un entorno tremendamente hostil gracias al trabajo común y a la solidaridad. Que no abandonábamos a nuestros mayores ni a los que no podían alimentarse por sí solos, como lo demuestra el cráneo de una niña que había nacido con una gran deformidad, pero vivió protegida por su tribu. No podía cazar ni ayudar en otras tareas, pero el grupo no la apartó de su lado. Por eso fuimos subiendo estrato tras estrato, creando herramientas que respondían a necesidades y no a la inversa, como hacemos ahora, aprendiendo que solo en grupo podíamos hacer frente a los animales salvajes, al frío o a la noche que poblaba de sombras la tierra. También te cuentan que nunca convivimos con los dinosaurios, cómo encendían el fuego o cómo nuestro cuerpo fue adaptándose hasta llegar a lo que somos ahora. Siempre hemos sido los más listos, los que mejor se adaptan, nos cuentan en el maravilloso Museo de la evolución humana, donde las preguntas de los niños no molestan y la curiosidad se premia, no al contrario.

Lo que no muestra el museo es el estado actual de la humanidad, aunque quizá sería lo más aconsejable. Hemos llegado hasta aquí porque nos cuidábamos entre nosotros, y aprendíamos de nuestras dificultades, pero ahora preferimos mirar para otro lado. De la pandemia, de la que no me canso de repetir que íbamos a salir más sabios, más solidarios y mejores, hemos regresado igual, sin aprender ninguna lección, sin crear herramientas, como hacían los hombres mal llamados primitivos. Nacen menos niños, nuestros mayores están más solos y vivimos inmersos en un caos de antidepresivos y tranquilizantes que nos permiten soportar, en lugar de cambiar, una vida que no nos gusta. Más de cinco millones de personas viven solas en nuestro país, entre ellas dos millones de mayores de sesenta y cinco años. Aparcamos a los niños en actividades eternas porque trabajamos con horarios sin sentido, y no podemos cuidar ni a nuestros padres ni a nuestros hijos. Como tribu dejamos mucho que desear, no sobreviviríamos ni un minuto en aquellos tiempos en que había que estar juntos y no dejar al débil fuera para poder soportar las noches oscuras. La historia que nos cuentan en Atapuerca sobrecoge, emociona, asusta también. Y nos hace sentir ridículos. Éramos así, hace nada, y hemos tardado muy poco en olvidar lo que costó aprender millones de años. Solos, no valemos nada, si no cuidamos a nuestros mayores, valemos menos que nada, y si no protegemos a los hijos, nuestro futuro, estamos condenados a la desaparición, ya no entre las garras de un tigre sable, sino en una sima profunda donde nuestros huesos contarán la historia de nuestra imbecilidad a los paleontólogos del futuro.

Levante EMV, 30 de septiembre de 2022

Reflexione a partir de esta cuestión: ¿Qué ha de primar en una cultura o civilización contemporánea, el individualismo o el colectivismo?